

ziones lo deseaban, sino elegida por el rey. La distinción es ciertamente profunda, grande, pero en aquellos días no podía parecer más que menguada sutileza, pues si no se podía dudar de los sentimientos inconstitucionales del rey, ¿cómo se podía fiar á su elección la de la segunda cámara? Lafayette, secundado fuera de la Asamblea por el marqués de Condorcet á quien los suyos no eligieron por sus

liberales ideas, pedía un Senado electivo como en los Estados-Unidos, y dicho se está que contra el modo de ver de los dos marqueses, estaban los reaccionarios que no admitían más gobierno que el del rey, los moderados que no querían elecciones senatoriales porque decían ó presentían que un Senado así compuesto no sería mas que el duplicado de la cámara popular, y los radicales que veían



Luís XVI en las Casas Consistoriales de París

abierta de nuevo la puerta á los señores y obispos. La cuestión, pues, de las dos cámaras no se podía resolver en aquellos días por lo que la experiencia y la razón política aconsejaban, sino por lo que el sentimiento, la pasión, el momento histórico exigía. Así se explica que al votarse el 9 de Setiembre sobre las dos cámaras, la Asamblea se pronunciara por 849 votos contra 89 por una sola cámara.

Segunda cuestión. ¿Se podía dejar al rey, enemigo público declarado de las nuevas instituciones, el veto absoluto? Mounier y los que le seguían, incluso Mirabeau, partiendo del hecho de la existencia de una sola cámara, reclamaban el veto absoluto para poder contener los apasionamientos de ésta, y admitían, como transacción, que el rey no tuviera este veto sino á contar del momento en que se hubiese publicado la obra constitucional. Esta reserva se

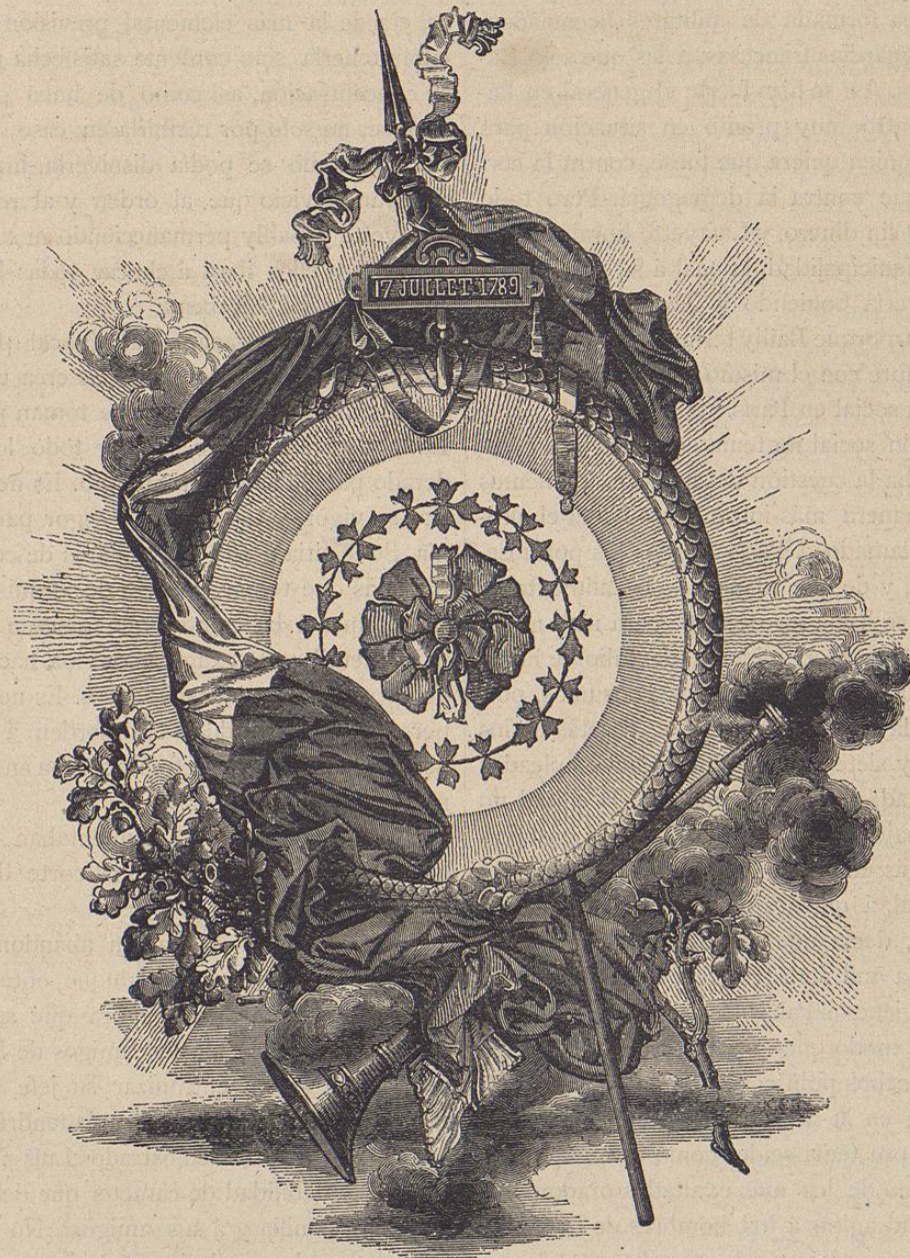
volvía por sí misma contra Mounier, pues si no quería poner desde ahora el veto en manos del rey, señal era de que desconfiaba del uso que del mismo podría hacer en aquellos instantes Luís XVI, y por consiguiente, los que se manifestaban temerosos del uso que del mismo pudiera hacer en lo sucesivo no estaban fuera de razón. Estos admitían el veto, pero un veto reglamentado. Lafayette, Barnave, Target, Gregoire, Dupont etc., eran partidarios de un veto suspensivo para después de promulgada la Constitución, de un veto que valiera no más que de una legislatura por otra, pues, por todo lo dicho se comprende que la Asamblea nacional admitía la permanencia de las cámaras, que se debían renovar cada dos años, y que entraban ó estaban en funciones por derecho propio, lo que pareció tan elemental en aquellos días, que en esto no hubo discusión.

Otros, como Sieyes, no le daban al rey veto alguno.

Mirabeau debe justificar ahora nuestra opinión, acerca del carácter accidental y no idealógico de las

discusiones que ocurrieron sobre la organización del poder ejecutivo y de él tomaremos algunas reflexiones que le inspiró el estado de París.

París estaba en poder de cincuenta mil hombres



La escarapela y la bandera tricolor

armados de picas, de treinta mil hombres armados de fusiles, y este ejército que reconocía por general á Lafayette tenía también su artillería y caballería,—800 caballos.—Este ejército, sin embargo, no inspiraba á su general confianza alguna, primero á causa de los elementos que le formaban, segundo porque los hombres del Palais-Royal también le consideraban como suyo. Pues, ¿no se formó á la vez de Desmoulin? Lafayette con suma habilidad

logró como luégo se le dijo formar una milicia burguesa, bastó que decretara que cada miliciano se vistiera á su gusto dentro de un plazo perentorio, imponiendo de paso un uniforme algo caro, para que las picas y los fusiles se cayeran de las manos de los que no podían pagarse el uniforme. Comprendió la habilidad el Palais-Royal y se declamó contra los uniformes y la milicia burguesa, pero lo que no comprendió el Palais-Royal fué el tacto con que



Lafayette procedió para crearse un verdadero ejército, un ejército asalariado. En cada batallón de la Guardia nacional, se creó una compañía asalariada, á fin de que ésta llenara el servicio con el menor perjuicio posible de los burgueses milicianos, y esta compañía estaba formada de militares licenciados, en general de guardias francesas, á las que sólo Lafayette dió jefes. Así se hizo fuerte el general en París, y se encontró muy pronto en situación para batirse contra quien quiera que fuese, contra la corte, lo mismo que contra la demagogia. Pero todo esto no se hizo sin dinero, y Lafayette libraba sobre la caja de la municipalidad, la cual á su vez libraba contra la tesorería poniendo á Necker en los más grandes apuros, porque Bailly terminaba ó empezaba sus cartas siempre con el mismo sonsonete ó dinero ó la revolución social en París.

La revolución social no tenía entonces este nombre. Se llamaba la cuestión del hambre. Ya hemos visto de que manera más imprudente había el antiguo régimen llamado á París á todos los pordioseros de Francia, y de que manera se les alimentaba. Esta situación se hacía insostenible para una municipalidad, á la que la revolución de Julio le había quitado el recurso ó ingreso de los consumos, porque junto con la Bastilla cayeron las casetas de los guardas. Diez y siete mil hombres tenía empleados la municipalidad, y de éstos más de la mitad no asistían al trabajo más que los sábados, Loustalot, uno de los más enérgicos y escuchados oradores del Palais-Royal, á quienes por otra parte exaltaba con su diario, decía que en París habían por lo menos cuarenta mil forasteros sin oficio, ni habitación, y para quienes el Palais-Royal era su asamblea de distrito. De modo que el ejército del hambre iba á aprender derechos políticos en el centro más exaltado de París, en la casa propia del duque de Orleans que siempre tenía seides como el marqués de S. Hurugue, uno de los más exaltados oradores de sus jardines para agitar á los hombres de buena fe, mientras otros por bajo cuerda gastaban su dinero dentro y fuera del palacio real, para buscarle partidarios. En el otro lado del Sena quien más se movía por el Duque, era un abogado elocuentísimo llamado Danton, que tenía por cámara el club de los Cordeliers.

A esta masa se unía la masa obrera de París falta de trabajo, ó los obreros en huelga para obtener ó rebaja de horas de trabajo ó aumento de salario, y á todo esto se unía, en fin, la carestía de granos, el pan de cuatro libras vendido á seis reales, computado su precio por el de nuestros días. Así se comprende que hubiera un motín diario á la puerta de

cada tahona, y que este motín no tuviera en realidad más razón que la hambre. Esta multitud de desesperados era, pues, temible, y aún suponiendo que no se mezclara con ella la gente de mal vivir, la hambre la hubiera llevado á todos los excesos, así era de la más elemental previsión política procurar tenerla sino contenta satisfecha para impedir su concentración, así como de buen gobierno prepararse, no solo por recibirla en caso de necesidad, sino ver cómo se podía disolverla. Júzguese, pues, del gran servicio que al orden y al rey prestaban Lafayette y Bailly permaneciendo en su puestos, ya que contra ellos iban á chocar todas las pasiones. Así exclamaba Mirabeau:

«¡Qué administración, qué época! ¡Es necesario temerle todo y osarlo todo! ¡Se crea una dificultad con los mismos medios que se toman para evitarla! La moderación es necesaria, y todo lo que es moderado parece lento y mezquino. Es necesario mostrar su vigor, y todo acto de vigor parece una tiranía. Se le sitia á uno con millares de consejos, y no hay más que tomar consejo de sí mismo; es necesario temer á las gentes que piensen bien, porque la inquietud y la exageración los hacen casi más peligrosos que los conspiradores. Es necesario ceder por prudencia, conducir el desorden á fin de contenerlo, y conservar una frente serena en medio de los más crueles embarazos.»

Veamos ahora cómo aumentaban la inquietud las dos cortes de la época, la corte de París y la corte de Versalles.

Los orleanistas no habían abandonado su proyecto de una regencia del duque obtenida de cualquier modo, y hasta se asegura que se pensó en el asesinato del rey. Que los amigos de Felipe de Orleans soñaron con entronizar su jefe en vista del descrédito de los borbones, nada tendría de extraño, ¿Acaso no había demostrado Luís XVI aquella frialdad y debilidad de carácter que debían perderle á él, á su familia y á sus amigos? ¿No es por este tiempo cuando su diario señala con un «nada» los días que la Asamblea le arranca uno de sus privilegios, y no pone una «caza» en la cuenta de los días más solemnes de la revolución? En lo que se engañaban era en creer que Orleans podía ser el heredero directo ó indirecto de los borbones. Lo mismo sucedió en España con Montpensier á la caída de Isabel II. Cuando un pueblo derriba un trono no lleva prisa en volverlo á levantar. La facción orleanista no dejaba empero, por esto, de ser una gran fuente de inquietud, y ésta la inspiraba lo mismo en París á Lafayette que en Versalles á la corte.

La corte había perdido la jornada el día 14 de Julio, pero no había sido vencida. La revolución no podía aún nada sin el rey, y el rey aún no había aprobado ninguna de sus resoluciones, y como Lafayette había organizado en París un verdadero cuerpo de policía que vigilaba las dos cortes, Lafayette sabía cuanto no se trabajaba en Versalles para conseguir que el rey negase su aprobación á los decretos de la Asamblea. Esto solo se podía conseguir convenciendo al rey de que tenía medios para resistir é imponerse, es decir, medios para dar el golpe de Estado que tan tristemente fracasó por la incapacidad de los mismos que ahora volvían de nuevo á alentarle á la resistencia. Renovar los trabajos reaccionarios cuando á cada una de las conspiraciones de la corte había respondido la Asamblea dando un paso más, era atrevido é imprudente, y tanto más cuanto que ahora tenía Lafayette un ejército lo sobrado disciplinado para hacerse respetar é imponerse. De esto tenía la corte un grande y reciente ejemplo.

Habían las discusiones sobre el veto acalorado á la nación entera, y de todas partes llegaban á Versalles severas amonestaciones á los diputados respecto á este punto. El pueblo no quería nada de veto, ni aun del suspensivo que no llegaba á comprender bien. París había de tener también su parte en ese movimiento, y naturalmente sus resoluciones habían de ser de las más radicales. El 30 de Agosto en el Palais-Royal se acordó nada menos que marchar al día siguiente á Versalles á reclamar la exclusión de la Asamblea de los diputados favorables al veto. Lafayette y Bailly se dieron por avisados, y al amanecer hicieron cerrar las barreras, tocaron á general, reunieron los batallones de la milicia, y con su apoyo cerraron á su vez los clubs y cafés del Palais Royal. Loustalot se excurrió, y el republicano Desmoullins corrió á Versalles al lado del conde de Mirabeau. Esta vez el duque de Orleans no protestó de las medidas que atentaban á su derecho de propietario del Palais-Royal. Los tiempos habían pasado, y la advertencia que acababa de darle Lafayette era sobrado enérgica para quitarle las ganas de concurrir indirectamente á las perturbaciones del orden que salían de su casa. La revolución era, pues, la que tenía la fuerza para hacer el orden, y en la corte ni por un momento se pensó en apoyarse en esta fuerza, por lo contrario esta fuerza asustaba.

Los que así habían obrado eran, sin embargo, partidarios del veto suspensivo que no podían hacer triunfar en la corte ni aún con los ejemplos que daban de su adhesión al sistema monárquico con

gran peligro de su popularidad porque la corte, el marqués de Ferrieres nós lo dice, no se ocupaba más que en buscar los medios para derribar la Asamblea nacional. Ferrieres que pudo saberlo bien nos dice «que se formaban asociaciones, que se recibían firmas, y que los rumores que corrían de guerra civil y de proyectos de contra-revolución, no estaban del todo desprovistos de fundamento.» El plan adoptado esta vez era arrancar á todo trance al rey de Versalles. Breteuil aconsejaba é instaba la marcha á Metz en donde estaba el marqués de Bouillé que mantenía á su cuerpo de ejército dentro de la más severa disciplina; Malouet y otros aconsejábanle que se retirase á Tours, pero si en esto se estrellaban sus esfuerzos ante la pusilanimidad del rey, en lo que triunfaban era en hacer que no diera su aprobación á los decretos de la Asamblea. Es preciso fijar bien los términos de la situación ya que tocamos de nuevo uno de los momentos críticos de la revolución.

El día 10 de Setiembre, la Asamblea nacional había votado por una sola cámara. El día 11 votaban en favor del veto suspensivo 673 diputados contra 325 que querían el voto absoluto. Al día siguiente se abrió deliberación sobre la duración que se había de dar al veto suspensivo, pero Barnave, que cada día iba separándose más y más de Mounier, se levantó y propuso lisa y llanamente que no se resolviera hasta tanto que el rey hubiese promulgado los decretos del 4 de Agosto. Cuando de esta manera se tenía que defender la revolución, dígame si eran infundados los recelos, temores y desconfianzas que anulaban las mejores intenciones y perdían las más generosas abnegaciones. Tan poco dispuesto estaba el rey á sancionar los decretos del 4 de Agosto, que mandó á la Asamblea una Memoria sobre ellos, en la que hacía su crítica, esto pareció ya un colmo, y el mismo Mirabeau, cuya actitud no se desmiente un momento, exclamó airado:—«Si el rey no quiere escuchar la Asamblea, nos veremos obligados á pasar adelante. Por una prudente reserva no habíamos querido hasta aquí examinar si la sanción real era necesaria á la existencia de la Constitución, por lo mismo que se tenía la más completa confianza en la buena voluntad del rey, pero que éste no nos obligue á desgarrar el velo.» Estas amenazas son sobrado claras para no comprender que lo que tapaba el velo que amenaza desgarrar Mirabeau era la reacción y el golpe de Estado. Pero la corte, como siempre, no estaba preparada, y aunque se habían concentrado de nuevo algunas tropas en Versalles, éstas no infundían, por su esca-